

La extraordinaria historia de Juan Barreto 31 y 32

Carlos Roncero



Image not found.

Capítulo 1

31

Entraron al alba en Madrid. La capital del reino recibió bulliciosa a los tres fugitivos. Miles de personas deambulaban por sus calles atestándolas de voces, oficios y olores. Como es natural pensar, el maestro miraba pasmado el paisaje urbano tratando de identificarlo, hecho que no sucedió hasta que entraron en la calle de Alcalá. ¿Dónde estaban el asfalto, los automóviles, los clacsons? Cuánta tierra y caballos en su lugar. Los edificios se alineaban en un claro desafío armónico unos frente al otro. Monjes de todas las órdenes, nobles, cortesanos, pícaros, menesterosos y muchos más especímenes completaban la extensa fauna de la calle.

- Madrid, una de las ciudades más sucias y apestosas que he conocido nunca- anunció Cardoso-. Desconfiad de todos, especialmente de los sombreros anchos.

Lo cierto es que al maestro le resultaba del todo amenazante la presencia de diversos hombres cuya ocupación más conocida parecía ser la de estar apoyado en alguna pared. Con sus anchos sombreros chambergos, sus rostros cubiertos por la sombra de su ala y el cuerpo oculto bajo una amplia capa podían turbar al más valiente. Como Juan Barreto nunca se había considerado especialmente valeroso, les evitó la mirada cuanto pudo y llevó su mano a la alforja derecha donde llevaba guardada la cartera del escribano. Se preguntaba cómo podría llegar hasta el rey. El conde le había indicado que lo hiciera a través del pintor, pero nada más había añadido.

Resultó que el capitán Cardoso era conocido en la ciudad. Los que le reconocían le saludaban siempre con una pequeña reverencia. Juan Barreto no podía menos que asombrarse ante su figura. Fue entonces cuando se le vino una imagen que le hizo sonreír.

- ¿De qué os reís?- le preguntó Rocío contagiada por su sonrisa.

- De vos- le contestó sin borrar su gesto. Antes de que la joven se ofendiera, el maestro continuó hablando- Dulcinea- y le señaló-, don Quijote- y el capitán frunció el entrecejo nada convencido.

- Y vos Sancho Panza- completó Rocío feliz con la idea-. Creo que os ha tocado la peor parte, Juan Barreto. Os mantearán y os apalearán.

Dime, mi capitán, ¿puedes prometerle una ínsula a tu escudero?

Cardosa lo miró de arriba abajo.

- Puedo prometerle que si no se separa de mí quizás llegue a conservar su triste figura de maestro.

Lejos de ofenderse, Juan Barreto tomó aquellas palabras como un cumplido viniendo de quien venían.

- Os lo dije- añadió Rocío mirando al maestro -, la peor parte.

Hallaron acomodo en un edificio contiguo al palacio del duque de Villahermosa, en el Paseo del Prado, llamando la atención del maestro los numerosos arroyos y puentecillos que lo recorrían. Una vez empeñaron el brazalete heredado por Rocío no les resultó dificultoso hospedarse en una zona tan cercana a sus intereses. Incluso el joyero al que acudieron se alegró de reconocer al capitán, haciendo innecesaria cualquier comprobación sobre la autenticidad de la joya. Aquello no hizo más que aumentar el enigma que giraba en torno al militar.

- Ya veis, Juan Barreto- le comentó feliz Rocío ante la ganancia obtenida-, nuestro capitán está rodeado de misterio.

- No existe tal misterio- gruñó el oficial- serví en esta apestosa villa hace mucho tiempo. No hay más.

Pronto se extendió la noticia de la llegada de nuevos y ricos huéspedes en la casa, de modo que no tardaron en invadirles toda suerte de sastres, sombrereros y peluqueros ofreciéndole sus servicios con una sonrisa tan entusiasta como forzada, con lo que, entre la elegancia y el buen gusto, acabaron por deslumbrar como auténticos hijos de noble cuna. El capitán, imponente con su casaca y sombrero a juego; el maestro, con su conjunto modesto pero distinguido que no terminaba de convencer al militar.

-Parecéis realmente un hombre de palacio- señaló el capitán al verle-. Dais asco.

Rocío se les apareció como su nombre anunciaba, como una gota del alba, fresca, grácil, hermosa. Juan Barreto tragó con dificultad al verla. Conocedora de los dones con que la naturaleza le había obsequiado, la andaluza posó vanidosa junto a los dos abanicándose a la altura de los ojos.

- ¿A que vale la pena ser rica?- preguntó la joven zarandeando el

abanico-. Rica, hermosa y soltera, por supuesto. Si no, de nada sirve.

Tras una batalla más fatigosa que cualquiera a las que Cardoso se hubiera enfrentado, Rocío accedió a visitar al pintor previsto para su retrato, aunque con una rotunda condición.

- Que me lleves al teatro- declaró ella acercándose a los labios del capitán.

- Me parece justo. ¿A qué obra? Espero que entretenga.

- Eres un necio. No vamos a ninguna obra, sino a preguntar por mi pasión. Don Diego me ha recomendado. Debemos ir y preguntar por un tal Crispín.

- No pienso preguntar por alguien con un nombre tan ridículo- protestó arrugando el rostro.

- Oh, no es necesario, ya pregunto yo- y dio media vuelta feliz por la resolución alcanzada. Imposible negarse ante sus encantos.

Salieron pues los tres con sus mejores galas recién adquiridas hacia el domicilio del artista. Poco sabían de él salvo que Cardoso había memorizado su dirección. Alquilaron un coche para la ocasión, dado que el capitán había insistido en causar la mejor impresión posible. Juan Barreto desplegaba toda su ilusión observando la ciudad a medida que atravesaban sus calles.

- Estos artistas tienen todos la lengua muy larga- señaló con desprecio el capitán-ya le veo venir con sus galanterías de lisonjero empalagoso, y no me extraña, tal como vas vestida.

Rocío apretó boca y ojos para contener su enojo. Comprendía que la actitud del capitán era la de un enamorado celoso, y en cierto modo eso le complacía, pero lo que no podía aceptar de ninguna de las maneras era cualquier crítica velada sobre su vestuario. Miró entonces al maestro sembrando su rostro de dulzura, aunque solo fuera por mortificar a su amante.

- Juan Barreto, decidme, ¿qué os parece mi vestido?

Quedó el maestro intimidado por la pregunta. Sabedor de los sentimientos de Cardoso, debía poner mucho cuidado en no excederse con sus opiniones e incluso con el tono de su voz.

- Estáis preciosa con él.

Rocío enseñó una sonrisa de victoria al militar.

- ¿Ves?

-Es más que probable que a estas horas la guardia nos esté buscando, pues te recuerdo que has castrado al hijo de un gobernador. Acabamos de llegar y en vez de hacer lo posible por pasar inadvertidos, te engalanas como si fueras ver al mismísimo rey.

- Pues no hay quien te entienda, ¿no me dijiste que tenía que estar guapa para el retrato? ¿En qué quedamos?

- Guapa, pero no tanto, ¡pardiez!- se quejó Cardosa de mala gana.

Rocío sonrió con picardía.

- Así que te gusta cómo voy.

- Vamos a dejar las cosas claras, Rocío- dijo inclinándose hacia ella-. Has accedido a venir y a vestirte así porque después iremos a ver al dichoso Crispín pero, sobre todo, porque en el fondo anhelas ser retratada.

- Ja- protestó ella.

- Reconócelo, a todas os hace feliz que os hagan un retrato. Está en vuestra naturaleza.

- Qué poco me conoces. Juan Barreto, defendió a Dulcinea.

Demasiado absorto estaba el maestro en la contemplación de la capital del reino como para defender nada.

- Déjale- dijo Cardosa-, en Toledo estaba igual. Se queda atolondrado con las ciudades.

- Claro- añadió Rocío con una mezcla de pena y comprensión-, al ser de pueblo...

Juan Barreto era consciente que tanto al militar como a Rocío les faltaba el dato de su salto en el tiempo para entender su encandilamiento por las urbes visitadas. Por ello, decidió aceptar sin inconveniente el comentario de la joven.

- Sí, es eso- señaló humilde.

Al fin llegaron a su destino. El barrio no era elegante, más bien modesto y de calles estrechas, aunque relativamente cercano al palacio real.

- Vaya, pues no parece que le vaya muy bien a este pintor- comentó Rocío bajando del coche y mirando el aspecto depauperado del edificio.

- Cochero, ¿estás seguro de que es aquí?- preguntó Cardosa con voz grave.

- Es la dirección que me habéis dado, señor.

El militar miró a ambos lados de la calle como si temiera una emboscada.

- No me gusta- sentenció el militar-. Espera aquí- le ordenó al cochero.

- ¿Cuánto tiempo?

-Diantre, el que haga falta- gritó-, que para eso te pago.

La puerta tenía un aldabón de cobre oxidado con forma de boca. Cardosa lo agarró y lo hizo sonar de forma imperiosa. Los tres se miraban sin nada que decirse, lo que es propio de las tensas esperas.

- No debe de haber nadie- señaló el maestro desilusionado.

Justo al final de su frase la puerta se abrió con energía. Un hombre maduro, de cabello revuelto, complexión fuerte y mirada penetrante clavó los ojos en el capitán, que era el único que podía ver desde su lado del umbral. No dio oportunidad a su visita de decir media palabra. Con la misma energía que abrió, cerró. Aún resonaba el eco del portazo cuando Rocío apartó al militar de la puerta.

- Déjame a mí. ¡Hombres!

Se retocó escote y peinado antes de tocar y cogió el aldabón sonriendo. En cuanto golpeó la puerta, el mismo personaje se asomó con el semblante notablemente contrariado. Diríase que se disponía a bufar cuando sus ojos se enfrentaron a la figura de la andaluza. Su rostro se

relajó y se inflamaron sus ojos.

- ¿Sí?- preguntó con voz dulce pero firme.

Incluso Rocío se sintió cohibida por aquella mirada tan categórica y, a la vez, sugerente.

Soy Rocío, la hija de don Juan Santana, el Conde de Cerronegro.

El hombre apretó los ojos activando algún mecanismo remoto de su memoria.

- Mi padre os encargó un retrato para mi prometido.

- Oh, sí, sí, el portugués. Muy afortunado vuestro prometido, si me permitís el comentario.

- Os lo permito- contestó ella sonriendo relajada-. Quizás venimos en mal momento.

- Oh, no, no, para nada- se apresuró a decir-, pero pasad.

En aquel momento, Cardoso se colocó justo detrás de Rocío entrando así en el campo visual del pintor. Como Juan Barreto permanecía inmóvil, el militar lo cogió del hombro y lo empujó hasta él para que también pudiera verlo. Rocío sonrió algo incómoda.

- Ellos vienen conmigo.

- Pues claro, faltaría más, aquí hay sitio para todos- exclamó afable-, pero pasad, por favor, pasad.

Juan Barreto quedó impresionado ante la inmensidad del recibidor y su fuerte olor a pintura.

- Permitidme que me presente. Vais a pensar que carezco de educación. Soy Francisco de Goya y Lucientes, pintor de oficio y a partir de ahora vuestro más humilde servidor- y le cogió con delicadeza la mano a Rocío para besársela.

Juan Barreto quedó paralizado. ¿Había oído bien el nombre? Su corazón se aceleró. ¿Era posible que estuviera delante del genio aragonés? Ni siquiera oyó cómo se presentaba Cardoso y no fue consciente de que le habían presentado al pintor hasta que el militar le golpeó el hombro, y no el estómago como lo haría ante un noble.

- Encantado- pudo balbucear al cogerle la mano.

-Parece que hubierais visto un fantasma- le señaló el pintor sonriendo-. Creedme, Juan Barreto, yo a veces también pienso que en esta casa debe de haber algún espíritu. Extraño nombre el vuestro- le dijo afectuoso cogiéndole por el brazo para avanzar con él por la casa-. ¿De dónde sois?

- De un pueblo de Almería- dijo con voz débil y sin poder apartar la mirada del rostro magnético del pintor.

Rocío apretó la boca y los ojos como siempre hacía cuando quería ocultar su enojo, provocado esta vez al ver cómo el maestro le robaba el protagonismo. Malestar que rubricó con su habitual soplo a su flequillo. Goya repitió el nombre del maestro varias veces.

- Tiene sonoridad vuestro nombre, Juan Barreto, y vuestro rostro es muy interesante. Sí, sí, esperad que os vea un poco más a la luz.

Cardosa disfrutaba como un niño ante la irritación de la andaluza, pues en el fondo demostraba con esa actitud la certeza de la aseveración expresada en el carruaje sobre su vanidad de mujer. Y es que pocas cosas hieren más que la indiferencia, especialmente cuando esperábamos todo lo contrario de nuestro interlocutor.

- Sí. Sois perfecto. Tenéis mucho volumen en el rostro, Juan Barreto- le decía mientras le movía la barbilla de un lado a otro. Tan anonadado continuaba el maestro que se dejaba hacer como un monigote. Atravesaron un largo pasillo colindante a un patio hasta llegar a una sala amplia y luminosa.

- Este es mi estudio- anunció, apareciendo ante los ojos de los visitantes un lugar ahogado en el desorden y donde dar un paso equivocado podía significar enfrentarse con el suelo sin remedio. Los lienzos, finalizados o no, se habían coronado como dueños y señores de aquel espacio. Junto a una de las ventanales pudieron distinguir un hombre de rostro risueño y cansado a la par-. Y este que honra mi casa con su presencia no es otro que don Gaspar Melchor de Jovellanos; estoy seguro de que le habíais reconocido.

Jovellanos se levantó de inmediato y ofreció una sincera reverencia a los tres. Los ojos de Juan Barreto mostraban ahora su estupefacción por la presencia del famoso ilustrado.

- Desde que le conozco llevo tratando de convencer a don Gaspar para que honre también a la posteridad con un retrato, pero es demasiado

modesto para darle ese gusto a la humanidad- y le sonrió con afecto.

Don Gaspar no tardó en irse, no sin antes declararse humilde admirador de la belleza de Rocío, lo que reactivó la presunción natural de la andaluza. Pasaron el resto de la mañana concretando los términos en los que Goya retrataría a Rocío, conviniendo los horarios y el precio.

- Creedme, por vuestra belleza os retrataría gratis.

- ¿Y por qué no lo hacéis?- preguntó Cardoso entre dientes. El militar, como ya había anunciado en el carruaje, no soportaba la actitud aduladora que había estado desplegando el pintor durante todo ese tiempo con Rocío, sin comprender que poco o nada tenía que ver aquel trato con su personalidad y sí mucho con su oficio de pintor.

- No seáis insolente, capitán- le ordenó ofendida Rocío, que en público guardaba las formas con él -. Don Francisco solo trataba de ser amable- y sonrió al pintor agradecida.

- Por supuesto- confirmó este dedicándole una afectada reverencia.

